

Elogio y vituperio del libro electrónico

Jorge Volpi

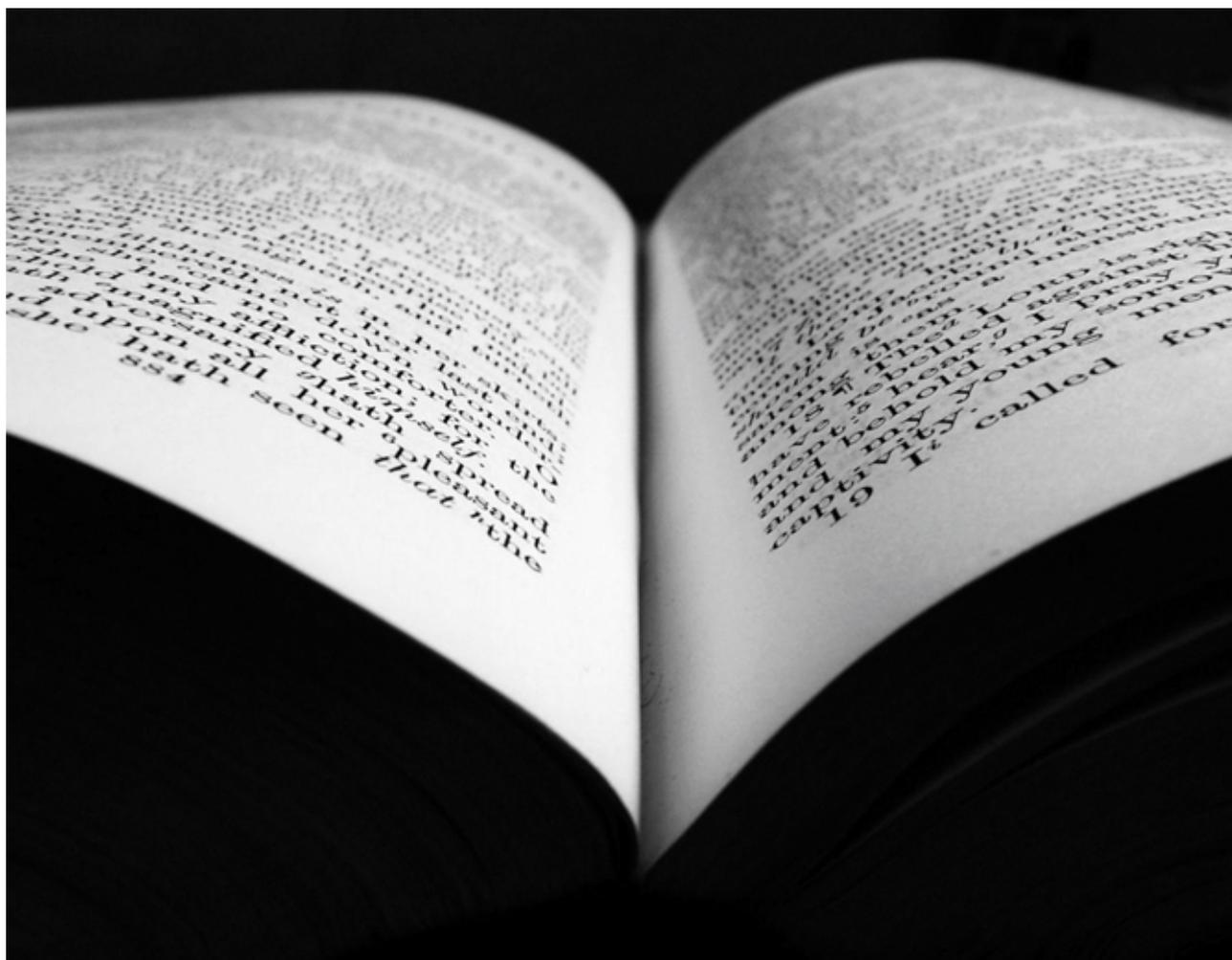
El Fondo de Cultura Económica cumplió el pasado 3 de septiembre ocho décadas de nutrir la escena hispanoamericana de grandes protagonistas en el acercamiento a las ciencias y las humanidades. Con esta coyuntura, el novelista Jorge Volpi reflexiona sobre el papel que el FCE puede cumplir ante el surgimiento del libro electrónico, al que aún se le ve con resquemor y distancia.

1. Desde que, hace unos ocho mil años (la datación aproximada de las tabletas de Dispilio y de Tartaria), nuestros antepasados neolíticos pergeñaron sus primeros trazos, los humanos han permanecido obsesionados por conservar las palabras, de otro modo destinadas a perderse con el viento.
2. Como reconocen los neurocientíficos, nuestros cerebros son, antes que nada, “máquinas de futuro”. Evolucionaron para ayudarnos a adivinar lo que ocurrirá después, no para retener el antes. No son archivos. De allí que hayamos necesitado, primero, de la nemotecnia y, luego, de toda suerte de soportes físicos para conservar nuestra memoria en lo que Roger Bartra ha llamado “exocerebro”.
3. Piedra tallada, tabletas de arcilla, tabletas de cera, tiras de bambú, rollos de vitela o pergamino, papel de celulosa. Manuscritos y, desde el siglo XV, libros impresos (LI). Los libros electrónicos (LE), en sus distintos —y aun rudimentarios diseños— son apenas las más recientes incorporaciones a esta lista.
4. A partir de 1440, cuando Gutenberg concibe la imprenta moderna (preexistente en China y Corea), los LI se convirtieron en nuestros más resistentes almacenes de palabras. No sólo nos hemos acostumbrado a ellos, sino que los veneramos como los más fieles guardianes de nuestra imprecisa memoria.
5. Si hoy atestiguamos una resistencia tan enconada a desprendernos de los LI se debe no sólo a que hoy cumplen con eficacia su tarea, sino a ese largo vínculo que, como en cualquier relación afectiva, posee un componente atávico e irracional.

6. Una y otra vez se nos recuerdan sus virtudes: son relativamente baratos, durables, autosuficientes (no necesitan carga ni baterías), manejables. Pueden hojearse, marcarse y anotarse con facilidad (a riesgo de arruinarse). Y son francamente hermosos.
7. Pocos señalan sus inconvenientes: son pesados y estorbosos (sobre todo cuando se coleccionan) y viven gracias a la muerte de millones de árboles. Y, para entenderlos a cabalidad, hay que buscar afanosamente uno tras otro: del texto al diccionario a la enciclopedia a otros LI, en una acumulación sin fin.
8. En un mundo ideal, cualquier lector debería ser capaz de hallar cualquier LI. En la realidad, los lectores sólo tienen acceso a unos cuantos ejemplares: los que pueblan las librerías y las bibliotecas de su comarca.
9. En esa misma utopía, cualquier ciudad mediana debería disponer de bien surtidas librerías y formidables bibliotecas. Fuera de las capitales, las librerías y las bibliotecas son contadas y con acervos desfallecientes.
10. En teoría, el mundo del libro debería estar dirigido por lectores ilustrados; en la práctica, la gobiernan editores: cada vez más, consorcios internacionales interesados primordialmente por sus ganancias (algo en cualquier caso legítimo en las economías de mercado).
11. Como cualquier mercancía, los LI están sometidos a la férrea ley de la oferta y la demanda. Producirlos es caro. Almacenarlos, aun más. Si un libro vende su edición completa, albricias; si no, la solución irremediable consiste en tasajearlos.
12. Para llegar a sus lectores ideales, los LI han de superar un sinfín de obstáculos: fronteras, restricciones aduanales, impuestos, presiones comerciales y el simple desabasto.
13. En este contexto aparece el nuevo entorno electrónico. Los primeros en valerse de él no fueron los lectores, sino los escritores. Porque la primera sustitución fue la de la máquina de escribir por la computadora.
14. Algunos escritores aún prefieren papel y pluma. Yo mismo he escrito, hace poco, un par de libros a mano. La experiencia es única: ofrece una mayor cercanía de la palabra. Y un dolor, no sólo físico, acaso más intenso. Para textos breves o poéticos resulta idóneo. Pero la experiencia es marginal: en su enorme mayoría, los libros hoy se escriben en computadoras. Sus ventajas —que no enumeraré aquí— son infinitas frente al encanto de una vieja y entrañable Underwood.
15. Otras áreas de nuestra vida han migrado al universo electrónico sin inconvenientes. En primer lugar, el correo. Hay quien todavía redacta y envía cartas —en medio de un alud de publicidad y facturas—, pero, ¿quién reniega del correo electrónico? ¿Y cuántos lamentan no poder rasgar los sobres u oler el perfume en una carta de amor?
16. El mayor y más drástico ejemplo: la música. Desde la aparición de Napster, su adquisición en soportes físicos se desvaneció. Resulta más simple y barato descargarla en línea. Lo confieso: yo soy un nostálgico y sigo comprando discos. O intentándolo, porque cada vez hay menos tiendas y están peor surtidas. Debemos resignarnos. Yo mismo me rindo, a diario, a la variedad de Spotify.
17. El ejemplo del *revival* de los LP es fútil: una moda para un diminuto club de coleccionistas. Como los que, en el futuro, seguirán atesorando ediciones príncipe.
18. Con el mundo del video, más o menos lo mismo: desaparecen *devedés* y *blurréis* y triunfan Netflix, Pandora, iTunes, etcétera.
19. Y, ahora sí, la lectura en soportes electrónicos. Computadoras, tabletas, lectores digitales, teléfonos móviles.
20. En las cegadoras pantallas de computadora se leen periódicos, revistas, páginas con toda suerte de datos y correos electrónicos, y se participa en las redes sociales. Una lectura fragmentaria, tensa, fatigosa. Textos largos sólo como excepción. Otra vez, nadie se queja. Nos hemos acostumbrado a anticipar la lenta agonía de los periódicos y las revistas en papel.



21. En los teléfonos móviles, una réplica de lo anterior, en miniatura: lecturas más breves, más fragmentarias, más aleatorias. Aunque los nativos digitales leen allí lo que nosotros jamás aspiraríamos.
22. Y, por fin, los LE. En dos formatos: las odiosas —pero coloridas— pantallas de las tabletas y el cada vez más fino —pero monocromo— papel electrónico. Para el primero (al menos por ahora): libros con ilustraciones, libros para niños, libros enriquecidos. Para los segundos: cualquier texto tradicional.
23. Las virtudes de ambos: son ligerísimos, pues en un solo soporte caben más libros de los que alcanzaríamos a leer en toda la vida. Se pueden leer a cualquier hora si cuentan con su propia carga de luz (la del papel electrónico es particularmente funcional). Y cada vez son más baratos.
24. Si un lector ávido no puede tener acceso a *cualquier* LE de modo instantáneo, sí a muchísimos más que en su librería o biblioteca comarcal. Nunca el conocimiento tuvo tantas posibilidades de expandirse.
25. Un LE no es *un* libro: es un vasto conjunto de libros interconectados, desde el diccionario y la enciclopedia incluidos de fábrica, a cualquier otro que se le añada de forma instantánea.
26. Y, por encima de todo, el LE permite atisbar el fin de los problemas de distribución y almacenamiento del LI: viajan a la velocidad de la luz y nada cuesta conservarlos. ¿Qué mayor incentivo a la creación que la posibilidad de escribir cualquier libro y ponerlo al alcance de cualquier lector sin pensar en el mercado, las aduanas, los almacenes?
27. Un punto adicional. Dado que el soporte siempre incide en el contenido, los LI imponen ciertas longitudes. Ni demasiado breves (porque nadie les presta atención) ni demasiado voluminosos (porque su precio se incrementa). Con los LE, cualquier extensión es viable.
28. Un punto no menor: la autoedición electrónica. Podemos despreciarla, pero sus lectores se multiplican. Cualquier escritor puede convertirse en su editor. (Otro es el problema de cómo un lector puede llegar a ellos).
29. No puedo dejar de hablar de los inconvenientes del LE. El primero: imposible adivinar cuánto tiempo durarán. Sabemos que los LI pueden conservarse por siglos. La suerte de la información digital aún no es clara y causa un entendible resquemor.
30. Segundo: los LE necesitan baterías o carga eléctrica.
31. Tercero: los LE requieren de una conexión a Internet. Algo de lo que, hoy día, millones carecen. (Aunque tampoco tengan garantizado el acceso a bibliotecas o librerías).



32. Y cuarto: en el modelo actual, los LE no se pueden compartir.
33. Tras este largo relato, me pregunto: ¿quién resulta vencedor? Para mí, sin dudas, el LE. Tal vez se halle en un estadio primitivo —nació hace una década—, pero sus defectos se pulirán en el futuro.
34. ¿Por qué le tememos tanto al LE feroz? Una primera respuesta: por miedo. He conversado con decenas de agudos lectores que nunca se han acercado a un LE por su amor al LI. Como si cometieran una traición. Un miedo respetable que irá desapareciendo.
35. Otros detestan los LE no por sí mismos, sino por su ríspida implantación en el mercado. Tres compañías dominan el mercado global. Y una de ellas es dueña de casi la mitad. Pero la agresividad de Amazon poco tiene que ver con los LE. Lo que se requiere, aquí, es una adecuada legislación estatal que evite monopolios y acentúe la competencia.
36. El agente más famoso del mundo no ha parado de decir que el Kindle causa cáncer. No sé si Amazon lo demandará por difamación, pero lo mismo se decía de los celulares o las radios portátiles.
37. Los peligros que nos acechan no provienen de los LE. Proviene del actual mercado del libro. De la pulverización de sus competidores por parte de Amazon tanto como de los intereses puramente comerciales de los grandes consorcios como Bertelsmann.
38. Para que el LE en verdad se convierta en uno de los grandes inventos de nuestra civilización es necesario luchar para que no se introduzcan nuevas barreras comerciales, para que no se segmente el mercado a conveniencia de los editores y para que se anime la variedad y la competencia tanto de los escritores como de las empresas editoriales.
39. Las grandes ventajas de los LE, que irán ampliándose con rapidez, no harán que los LI desaparezcan de la noche a la mañana. Seguirán editándose libros por mucho tiempo. Pero, si la lógica se impone, el vehículo natural para seguir trasladando y compartiendo nuestra memoria individual y colectiva serán los LE.
40. Todos los puntos anteriores hacen inferir mi entusiasmo por los LE. Pese a que amo los LI como uno ama sus memorias de la infancia, desearía que pronto mis propios libros viajaran digitalmente de un lado a otro. Y no me importaría que, una vez popularizada y extendida su difusión, sólo se publicasen en este formato.
41. Estamos justo en el momento en el que el Fondo de Cultura Económica, que hoy vuelve a ser la editorial más importante de América Latina, se convierta también en la principal plataforma para el despegue del LE en lengua española.
42. Aunque hoy apenas el 17.9 por ciento de los libros que se producen en lengua española son LE, su cre-



- cimiento ha sido exponencial y lo seguirá siendo en los próximos años. Por ello, el FCE cuenta con todas las ventajas para diseñar un sistema que, siempre pensando en las ventajas para el lector —una página atractiva, cualquier tarjeta de crédito y un solo *click* de compra—, podría convertirse en la mayor referencia del LE en español.
43. Es momento, también, de que el FCE inicie nuevas colecciones sólo en formato de LE, tanto de sus distintas áreas de conocimiento —y en especial, quizá, su área de divulgación científica—, como ensayo, poesía y literatura infantil.
44. Con una estrategia electrónica global, el FCE tiene la oportunidad de volver a ser el centro del pensamiento en América Latina, publicando en digital a decenas de nuevos autores: algo que los costos de producción y distribución de los LI hacían imposible.
45. ¿Cómo imagino un LE perfecto? Con un papel electrónico más nítido y cercano al papel y a la tinta reales, aun más ligero, aun más barato y ubicuo, acaso enrollable (como un antiguo pergamino), cuyos contenidos puedan prestarse a un número limitado de usuarios y cargado sólo con luz solar. Un objeto tan hermoso como el mejor LI. **U**